

ALFAGUARA



Laia Fàbregas

Landen

---

Ella

Murió durante el aterrizaje.

Al despegar me había fijado en cómo sus manos se pegaban a las rodillas y cómo las venas debajo de su piel se hacían cada vez más gruesas. Deseé que no tuviera dolor. En cuanto estuvimos en el aire, se calmó. Las luces de cabina lo iluminaron todo. Aunque normalmente no lo hago, hablé con él. Le pregunté si le molestaba volar. Dijo que hacía diez años que no volaba.

Iba a ver a su hijo mayor.

—Mi hijo holandés —susurró.

Hablaba con pausas, buscando las palabras en un diccionario invisible que parecía no haber abierto en años. Sus frases se desenvolvían como retales de un poema con un ritmo inusual. Aunque sus tres hijos habían nacido en los Países Bajos, dijo orgulloso, sólo el primero era realmente holandés. Parecía que los otros dos habían recibido más genes españoles que el primero, Arjen. Quizás la elección de su nombre influyera en su futuro ya desde un principio. Si se hubiera llamado Simon o Robert, como los otros dos, nunca habría tenido que deletrear su nombre en España y se habría sentido mucho más en casa en el país de su padre. Pero no. Se llamaba Arjen y ahora, cuarenta y cuatro años más tarde, su casa estaba en Ámsterdam, mientras que sus hermanos vivían en Barcelona.

Hablaba conmigo como si nos conociéramos desde siempre. Había una proximidad en su forma de comportarse que me agradaba y a la vez me inquietaba. Sin que le hiciera más preguntas, me dijo que había nacido en un pueblo en algún lugar del interior de España. En los años

sesenta emigró a Holanda a trabajar. En un principio no le fue fácil aprender holandés, pero cuando conoció a una mujer muy especial, supo que se quería casar con ella y que tenía que aprender su idioma.

Hizo una pequeña pausa. Disfrutaba del recuerdo de aquel momento.

Las azafatas pasaron con el servicio de bar. Abrió su mesita y preguntó qué nos darían para comer. Le dije que la comida ya no era gratis y me miró decepcionado. Le enseñé la carta de precios pero reconoció que en el fondo no quería nada. Susurró que sólo trataba de distraerse comiendo algo, dijo que yo también le distraía escuchando lo que me contaba, y retomó su relato.

Durante diez años había sido el hombre más feliz del mundo, dijo. Holanda era un buen país para vivir y los veranos en España eran cálidos y familiares. Hasta que su mujer enfermó. Primero no entendían lo que tenía. Al final los médicos dijeron que un clima más templado le iría bien. Los niños tenían entre seis y once años cuando, en los años setenta, llenaron el coche con todas sus cosas y se trasladaron a un pueblo al norte de Barcelona.

Por un momento se quedó callado y me observó. Vi su mirada: esos ojos que algún día habrían sido de color marrón oscuro eran ahora de un gris claro lleno de experiencia. Me di cuenta de que casi nunca hablaba con gente mayor, de que casi nunca me sentaba al lado de gente mayor. Ya no recordaba la última vez que había mirado y admirado a alguien mayor.

Me dijo que hacía tanto tiempo que no había estado en Holanda que se le había oxidado el holandés. Me lo dijo como si yo no lo hubiera notado. Le contesté que hablaba muy bien en holandés y se enorgulleció.

Había dejado una caja de madera en el asiento que nos separaba. La llevaba para enseñársela a su hijo mayor.

---

Después encendí el iPod y me dormí. Cuando desperté, el comandante anunciaba que el aterrizaje había empezado. Apagué la música. Mi compañero de vuelo volvía a estar incómodo. Sus manos se agarraban a las rodillas de la misma forma que durante el despegue. Le miré una vez más, me sonrió, y en mis pensamientos le deseé un buen aterrizaje, luego dirigí la mirada hacia los paisajes que se deslizaban por debajo de mi ventanilla.

Cuando las ruedas tocaron el asfalto sentí un ángel suspirar detrás de mi oreja.

El aparato se detuvo y todos en el avión se preparaban para levantarse, ponerse las chaquetas, coger el equipaje. Su cuerpo seguía en la misma posición, con las manos pegadas a las piernas y la cabeza un poco inclinada hacia delante. Miré su cara, le toqué el hombro, y sentí cómo se me encogía el corazón.

Estábamos unidos en un silencio nuestro, mientras el resto del pasaje se movía activamente. Sabía que todo el mundo había llegado a casa, menos él, y me sentí sola. Mucho más sola de lo que estaba acostumbrada. Estábamos en la fila 22. Ya no quedaba nadie más y una azafata empezó a inspeccionar los asientos. Lo hacía con el convencimiento de que el avión estaba vacío. Dudé de si quería su atención, o de si necesitaba tiempo para despedirme. Me hundí en el asiento para hacerme invisible. Miré al hombre e intenté acordarme de todo lo que me había contado. Posiblemente habría un hijo, una nuera y algunos nietos esperándole en la sala de llegadas. Me asaltó una sensación de culpa: me había convertido en la persona que pudo oír las últimas palabras de su padre y abuelo.

La azafata se asustó cuando nos vio sentados. Me preguntó por qué no habíamos abandonado el avión.

—No se mueve.

—¿Cómo dice?

—Creo que está muerto.

La azafata movió la mano hacia la cabeza del hombre, pero una fuerza invisible le impidió tocar su cuerpo. En su lugar, dirigió la mano pasando por encima de la cabeza del hombre hacia los paneles de debajo de los compartimientos de equipajes. Presionó el botón rojo con insistencia y nerviosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que está muerto?

—Creo que ha fallecido durante el aterrizaje.

La azafata seguía mirando hacia el pasillo.

—Voy a buscar ayuda, ¿se queda aquí un momento? —preguntó vacilando. Asentí con la cabeza.

La chica se alejó y sentí que me faltaba el aire. Me levanté, me incliné hacia delante e intenté salir de mi asiento. Presioné el botón del apoyabrazos del hombre y empujé su respaldo hacia atrás. Así tenía un poco más de espacio para salir pasando por encima de sus piernas. Cogí mi bolso y el periódico que había comprado en el aeropuerto de Barcelona y levanté mi pierna por encima de él. Me apoyé un momento con las manos en el respaldo del asiento delantero hasta que los dedos de mi pie derecho alcanzaron el suelo del pasillo. Justo después levanté mi pierna izquierda y desplazé todo mi peso con un pequeño salto. Me faltó poco para caer sobre los asientos del otro lado del pasillo, pero no había tenido que mover al hombre, y tampoco le había golpeado involuntariamente, que era lo que más temía.

Miré su cara desde el lado opuesto. Parecía otra persona. No sabía ni siquiera su nombre. Solamente sabía el nombre de su mujer fallecida, Willemien. Y de sus hijos, Arjen, Simon y Robert.

De pronto advertí la caja de nuevo, seguía impassible en el asiento del medio. La cogí. Después saqué mi pequeña maleta del compartimiento de equipajes y guardé la caja dentro de ella.

En otro compartimiento encontré la chaqueta del hombre y un maletín. Dejé su equipaje en el asiento

que quedaba delante de él. Reprimí la necesidad de tocarle el hombro una vez más, le prometí que cuidaría bien de su caja y me fui. En la pasarela me encontré con la azafata, que se acercaba al avión acompañada de dos hombres en uniforme. Les dije que no conocía al pasajero y que tenía prisa.

—Creo que tendría que esperar hasta que llegara la policía —balbuceó el hombre más joven, mientras sus ojos escudriñaban los de su compañero en busca de ratificación.

—¿Por qué? —pregunté. Resultó ser una pregunta difícil. Los hombres se miraron, hasta que el mayor dijo:

—¿Sabe qué haremos? Nos da su teléfono y si los policías tienen alguna pregunta, entonces pueden llamarla.

Les di la tarjeta de visita de Ana Mei Balau y me marché. Cogí el tren para ir a casa. Fuera todo era silencioso y oscuro, llano y ordenado. El vagón estaba lleno de la gente que volvía a casa en un lunes habitual de trabajo. Encontré un asiento vacío delante de dos chicas que charlaban. Siempre intentaba sentarme cerca de parejas enamoradas o de amigas habladoras. Guardaba silencio todo el viaje y nunca tenía la necesidad de entablar una conversación. Ese día decidí también que a partir de entonces me sentaría siempre cerca de gente joven. No quería sentir otra vez cómo alguien moría a mi lado.

En Centraal Station busqué durante un buen rato mi bicicleta en el abarrotado parking de bicis. Até la maleta al portaequipajes y pedaleé por la calle Haarlemmerdijk. Delante de The Movies me detuve, compré una entrada para una película japonesa y entré en la sala.

Ese día llegué a casa antes de lo normal, no eran ni las doce de la noche. Dejé la maleta delante de mi ha-

bitación y me metí en la cama con la esperanza de que el cansancio del vuelo me ayudara a dormir.

A las seis sonó el despertador. La vida era tan oscura y distante como siempre y en la calle la gente rascaba el hielo de las ventanillas de sus coches. Después de un frío trayecto en bicicleta, a las siete estaba ya sentada en mi mesa de la oficina central de Hacienda en Ámsterdam.